República de El Salvador — América Central — Año II

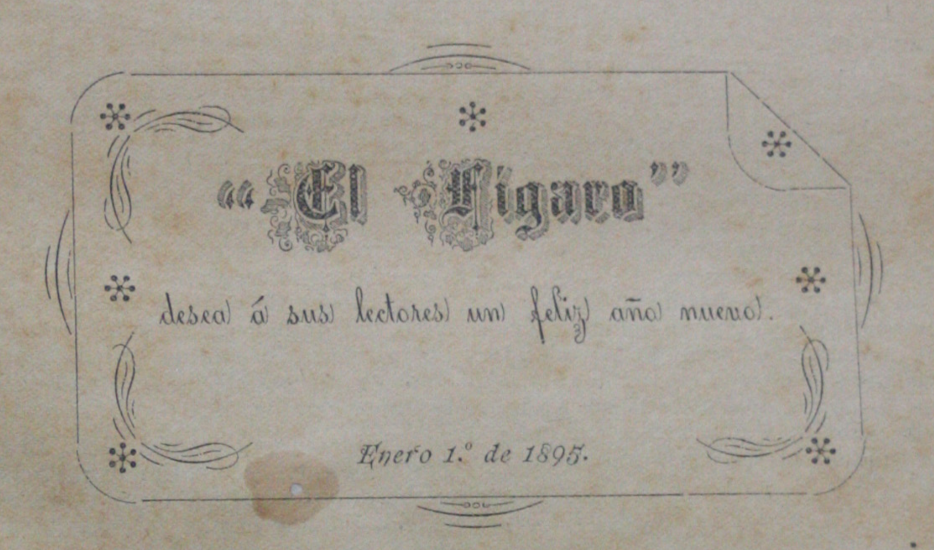
EL FÍGARO

OBSEQUIO DE AÑO NUEVO

Tomo I — San Salvador, Martes 1º de Enero de 1895 — Num. 11

Redactores y propietarios: *Arturo A. Ambrogi* — *Víctor Jerez*

Secretario de redaccion: *Isaías Gamboa*



CRÓNICA DOMINICAL

Sobre el lago azul, rompiendo suavemente las ondas dormidas, viene una barca de nacar, tendida al viento la vela de blanca seda, listada ligeramente de color lila. La tripula un grupo adorable de niños rubios, blancos efevos que suenan clarines de cristal y arrojan puñados de pétalos de rosas, que caen, en vivas lluvias de colores, sobre la lámina bruñida del agua.

Frente al suntuoso palacio, que alza soberbio sus moles cinceladas, sus miradores caprichosos, al pie de la escalinata de mármol que conduce á los vastos jardines, atraca la barca, y la tripulación jovial salta á tierra. Y se pierden corriendo, gritando, riendo, por la avenida arenosa, bordada de árboles, cuyos lujuriosos follajes se extienden con majestad sacerdotal, dando sombra bienhechora. Van otros entre las flores, saltando como gamuzas en toda libertad, asediando mariposas, comiendo frutas que toman del árbol, sacudiéndolo fuertemente, haciendo caer una lluvia, ya de higos rechonchos de pura miel, ya de obscuras ciruelas, ya de peras y manzanas rosadas, como la mejilla de una pequeña *lady*.

Son como chicuelos, que aprenden el Silabario, y después de una hora de estudio, la señora maestra les abre la puerta del colegio que da al huerto y les dice: "¡Haced diabluras!"

Pero...... Todos van á palacio. Van todos ellos en busca de Papá Enero que acaba de llegar, á besarle las mejillas, á sentársele en las rodillas, á encaramársele, á horcajadas, sobre los hombros, á acariciarle la hermosa barba blanca, que nieva sobre su pecho, á preguntarle por aquella tierra de *por allá*......, que es tan bonita y que ellos talvez no conocerán. Quieren mucho al buen viejecito. Les trae juguetes, muchos juguetes, raros bombones, cucuruchos de confites.... ¡Qué amable! Y cuando los ve llegar, desembocar el grupo por una puerta, en ruidosa cháchara, se le saltan de los ojos lágrimas de placer, gruesas como un caramelo de limón, y se deja al antojo de la bandada que lo acaricia, lo besa, le grita á los oídos, le tira de las orejas, hasta que logran dar en tierra con él, volcándole la silla, rodando todos unidos en una confusión que asusta á los pájaros del jardín. ¡Qué buen viejecito! Tienen razón los niños con quererlo tanto!....

***

Todo el final de Diciembre y casi todo Enero es de los niños. Les pertenece por derecho, y no podemos arrebatárselos. Hay fiestas y son de ellos y para ellos. Noche Buena...... Los inocentes...... Año nuevo...... La noche de Reyes......

No hay juguetes para nosotros. Papá Enero no nos trae aguinaldo; no se acuerda, para nada, de nosotros. Le somos indiferentes: Un caballero que pasa, envuelto en su capa, friolento y que va en busca de besos.... Nada más! Saint Clout, Nohël, el patriarcal San Nicolás, se fueron camino de Belén, como los reyes magos, guiados por la estrella maravillosa, sin dejarnos nada. Pasaron, en la noche inolvidable, frente á nuestro cuarto, en puntillas, sigilosos, con temor de despertarnos. Fueron no más al dormitorio de los niños, les besaron la frente y les dijeron: "tomad; porque fuisteis buenos!"

Los genios amables no nos quieren. No se acuerdan de nosotros. Mi aguinaldo? ¡Oh! De buena gana quisiera ser niño aún! Puse sobre el alféizar de la ventana mi escarpín de seda, nuevecito; pero al amanecer tuve una desilusión. Los genios de Noche Buena pasaron de largo ante mí *reclamé*, no tuve regalo, porque no soy bueno, porque me he portado mal, porque amo.... Ellos premian á los inocentes, á los cándidos; no á los hombres, á los que saben ya lo que es la vida, los que no tienen los labios ajados de besar y dicen al amanecer de cada día, á su querida: "Os amo." A esos no los quieren; no les traen juguetes.

***

Flores de moda para el corpiño: el clavel rosado, la gardenia inmaculada. Entre la gaza flotante, que anima las palpitaciones lentas y suaves de vuestro corazón, señorita, hincad un botón de rosa, entreabierto, húmedo aún. ¡Un botón de rosa! Y si vos sois uno! Uno vivo, roto en ondas de perfumes y riquezas mil de colores, á las caricias de un Mayo opulento. Rosas para vos? Yo las buscaría todas. Iría, á través de las florestas, recogiéndolas todas, hurtándolas de ignotos jardines, á riesgo de que se repita la magia asombrosa de "La Bella y la Fiera"! No tengo miedo. Puede el amable príncipe vestido de lobo, plantárseme delante, interrogándome por qué corto las rosas de su jardín. Lo haré todo por vosotras, amigas mías.

Hay carencia de rosas? No. No jamás. En nuestros jardines tropicales no se agotan. Con el alba de un nuevo día, revientan en los tupidos rosales, muchos broches virginales. No pueden agotarse las rosas donde reina perennemente la primavera, donde hay mujeres hermosas, que son tan buenas.

Una rosa, colocada junto á una leve copa, revosante de Veuve Clicout. Luego: un pomo de Eliotrope, un guante de Suecia ajado, un abanico de plumas entreabierto, dejando ver, entre las ondas albas, el ideal paisaje color de rosa. Todo sobre la lámina bruñida de mármol de una mesa oval........ ¡Qué lindo asunto para un pincel! Körin, el de las exquisiteces nipponas, haría un pastel valioso.

Traedme rosas. Rodead mi mesa de ellas, llenad mis búcaros, cubrid de ellas mi lecho. Quiero morir entre rosas, aspirando su perfume embriagante. Quiero morir como un príncipe á quien Flora amase. Y luego.... Id al cementerio, buscad en los rincones apartados, solitarios, la tosca cruz de madera, que manos caritativas claven allí....Llevadme rosas, muchas rosas, donde hayan posado su vuelo muchos besos de rojos labios y cubrid el musgo. Quiero descansar entre rosas. Quiero sentir junto á mí la primavera que arriba reina.

Las rosas no se agotan jamás. ¿Y si se acabasen? ¿Si Flora quisiese, por un capricho, matar, degollar, á cuantas brotasen? ¡Oh! No hay pena. ¿No están vuestras mejillas, vuestros labios, que frescos y suaves son rosas, rosas que nunca trae iguales la primavera y que nunca, nunca, se marchitan?

***

El arte está de luto. Rusia, sultana indolente que vive en eterna molicie, llora desconsolada la desaparición de un grande artista, hijo legítimo suyo, nacido bajo su cielo blanco, entre sus eternas nieves. El mundo entero ve consternado, cómo se apaga, al clarear de un día negro, una brillante estrella......

Rubinstein el grande, S. A. El rey del piano, Emperador del Ritmo, Conde altivo del cisne blanco, ha muerto. Murió en su tierra el bagabundo. Murió cuando menos lo pensaba, cuando tenía puesta la punta de su lápiz, sobre el pentagrama de una nueva obra.

Murió entre nieves, eterno traje blanco, de novia, que cubre las montañas de su tierra boreal. Murió bajo su cielo tupido de brumas. Murió en el mes triste, gris. Murió cuando los muertos, los desaparecidos, celebran sus fiestas: ¡Noviembre!

El 20 del mes pasado exhaló su postrer suspiro, en sus feudos de Peterhef, cerca de San Petersburgo. Era ya casi anciano. Sobre sus hombros llevaba la pesada carga de sesenta y cuatro años, el cansancio de tanta peregrinación por el mundo.

Rubinstein pianista, ejecutor, era el sustituto legítimo y honroso de Litz, Talberg, Chopin, los tres reyes incomparables. Rubinstein sentado al piano, hundiendo sus dedos entre el teclado albo y negro, era magestuoso.

Yo he leído, hace algún tiempo, una curiosa página de un escritor americano á propósito de Rubinstein ejecutor. Son las sensaciones de una *lady* yankée, de Téxas, llamada Judith Bronning, en una de las noches inolvidables de sus conciertos.

No resisto al deseo de obsequiaros con la curiosa relación. La encontraréis en otro lugar. Buscadla.

Mientras tanto, lloremos todos los que amamos el arte, la desaparición eterna de Rubinstein.

***

"El Fígaro" desea á sus numerosas lectoras y lectores, un feliz y próspero año nuevo. Desea que Papá Enero traiga para ellos muchas cosas. Ante todo, como aguinaldo preciado, una salud de acero, una bandada de esperanzas, una puñada de ilusiones doradas......

Año Nuevo!

La última hoja del calendario ha caído. ¡Enero! Con la sonrisa en los labios, radiantes, saludamos cariñosamente al recien venido!

¡Un año más! Un año más, es decir, un peso más sobre nuestras espaldas, un paso adelantado en la escabrosa senda de la vida. El sepulcro está más cerca. Más próxima la hora negra en que llegaremos á las puertas de la nada, toquemos el llamador, nos internemos en la oscura selva y Arqueonte nos lleve al reino terrífico, en su vasta lancha, sobre un lago muerto, que no riza el más fuerte viento invernal....

***

Febrero! Marzo! Luego Abril, el paje rubio, el heraldo gentil de la coqueta Primavera.... Mayo! Mes de María, mes de las golondrinas, mes de los mirthos blancos y los claveles rojos.

"El Fígaro" os obsequiará, señoritas, con un delicado número de Mayo; una *nouveuté*. Os llevará á vuestra casa un cesto lleno de flores que, con mano cuidadosa, arrancará en sus jardines, que por entonces estarán frondosos, llenos de nueva vida, henchidos de armonía.

Lohengrín, el incansable, el fecundo *chroniquer*, os prepara su número de Semana Santa. Os dará sus ocho cuaresmales. Lohengrín arrojará su traje de príncipe y se envolverá en su holapanda negra, se encasquetará el bonete, y desde un púlpito que no está en la iglesia, os hablará, buenas amigas mías, de esos días solemnes, os hará pensar poéticamente en cosas muy tristes, muy tristes. Lohengrín se pondrá muy serio. Será "el señor periodista que pasa." Irá, en romería, á la vieja Jerusalén, á la Arabia feliz, y os traerá rosas, sí, rosas legítimas, nacidas en Jericó y regadas por las lágrimas de multitudes de fieles.

CONDE PAÚL



Místicas

(PARA "EL FÍGARO.")

LA BUENA NUEVA.

Yo creo en una nueva poesía,
Oásis de estos lóbregos desiertos,
Que surgirá de los despojos yertos
Del católico ideal tal vez un día!

Yo creo que en la noche honda y sombría
Los trovadores se alzarán despiertos;
Y por encima de los dioses muertos
Hablarán de Jesús y de María....

Primavera vendrá; y en Primavera
La cruz,—árbol tronchado en la pradera,—
Se cubrirá de flores fraganciosas....

Reventarán las luces matutinas;
Y en la corona bíblica de espinas,
De las espinas... brotarán las rosas!

A MARÍA.

Yo te he visto flotar entre los vagos
Ensueños de la noche desolada,
Y surgir en la púdica alborada
Con dulce amor y místicos halagos...

En mis dolores tétricos y aciagos
Consuelo fuiste de la fe violada;
Que acaso se formó con tu mirada
La estrella guía de los reyes magos....

Goza también, mi reina, tu ventura:
Ella gloriosos frutos ha tenido,
Inmaculada siempre y siempre pura...

Vano será que la heregía ladre:
Virgen, te adoro yo; que siempre ha sido
También la Libertad... virgen y madre!

JOSÉ S. CHOCANO.

Lima, 1894.



Las Mujeres Japoneses

Creía haber trazado la última línea de toda especie de japonería, y veo que me he olvidado, hasta el punto de ofrecer un artículo, de ese misterioso pequeño *bibelot d'étageré* que es la mujer japonesa. De nuevo, pues, me rodeo de todo lo que puede avivar, hasta la ilusión de la presencia, mis recuerdos, todavía frecos, de allá; trajes impregnados de perfumes raros, vasos, jarrones, abanicos, imágenes y retratos. Retratos sobre todo, innumerables retratos desparramados sobre mi mesa de trabajo; caras alegres, conocidas ó no; pequeños ojos estirados hacia las sienes, verdaderos ojos de gato....¡Y unos vestidos y unas posturas!......Todas las travesuras, todas las gracias extrañas y calculadas, envolviéndose en los pliegues de largas túnicas ó cubriéndose bajo la extravagante mezcla de colores de sus sombrillas.—Y la ilusión deseada me viene tan pronto, que un murmullo de finas voces parece escaparse de los albums abiertos, y á mi alrededor oigo, en el silencio, como unas pequeñas risas....

———

No creo que un hombre de raza europea pueda escribir acerca de la mujer japonesa nada absolutamente exacto, si se quiere ir más allá de las superficies y los aspectos. Sólo un japonés lo sabría, ó tal vez también un chino—pues hay afinidades de alma incontestable entre esos dos pueblos, sin embargo tan diferentes—y aun si este estudio estuviera un poco profundizado, ya no lo comprenderíamos; no nos enseñaría nada, porque se nos escaparía por cierto lado, que sería precisamente el lado profundo y capital.

La raza amarilla y la nuestra son los dos polos de la especie humana; hay divergencias extremas hasta en nuestras maneras de percibir los objetos exteriores, y nuestras nociones sobre las cosas esenciales son á menudo inversas. No podemos nunca penetrar completamente una inteligencia china ó japonesa; en un momento dado, con un misterioso temor, nos sentimos atajados por barreras cerebrales imposibles de pasar; esas gentes sienten y piensan al revés de nosotros mismos.

Seré, pues, muy superficial en lo que voy á decir, y prefiero confesar francamente, desde un principio, que no podría hacer más....

¡Bien feas, esas pobres japonesas! Prefiero decirlo brutalmente primero, para atenuar en seguida con delicada gentileza, graciosa pillería, adorable pequeñas manos, y después polvos de arroz, de rosa, de oro, sobre los labios: toda clase de artificios.

Casi sin ojos, tan chiquitos como si no los tuvieran, dos pequeñas aberturas oblícuas, divergentes, en el fondo de las cuales se mueven dos pupilas astutas y excesivamente cariñosas, como entre los párpados apenas abiertos de esos gatos cuya vista fatiga la luz fuerte.

Arriba de esas miraditas,—pero muy arriba, colocadas en lo alto—se dibujan las cejas, finas, como línea de pincel y en nada paralelas á los ojos que tan mal las acompañan; pero derechas en una misma línea, al contrario de lo que se ha convenido en hacer para nuestra estampería europea, cada vez que se trata de representarse una japonesa.

Creo que todo lo extraño y particular de estas caritas de mujeres, consiste en ese arreglo de los ojos, que es general, y también en el desarrollo de la mejilla que se hincha hasta la redondez de la muñeca; los artistas de este país, no dejan nunca de exagerar hasta lo increible esos signos característicos.

Estos signos son muchos, aunque los demás variables, según las personas primero, y, sobre todo, según las condiciones sociales. En el pueblo, los labios quedan gruesos, la nariz chata y corta; en la nobleza, la boca se adelgaza, la nariz se alarga, se afina y hasta se ecorva algunas veces, afectando delicadamente la forma del pico del águila.

No hay otro país en que el tipo femenino sea tan diferente entre las distintas castas. Paisanas morenas, bronceadas como indias, bien sentadas en sus pequeños talles, fuertes y redondas en sus eternos trajes de algodón azul. Citadinas lánguidas verdaderos diminutivos de mujer, blancas y pálidas como europeas enfermizas, con yo no sé qué de cavernoso, de minado bajo las carnes, que es el índice de las razas muy viejas.

Todas esas artesanas de gran ciudad parecen gastadas hereditariamente; gastadas antes del nacimiento por una larga continuidad de trabajo y de tención de espíritu hacia cosas muy minuciosas; se diría que, sobre sus formas débiles, pesa toda la fatiga de haber constantemente producido desde hace siglos, esos millones de *bibelots*, esas innumerables pequeñas obras de paciencia que abunda en el Japón. Y en las princesas, la figura aristocrática, á fuerza de ser antigua, llega á formar personas extrañamente pequeñas y artificiales con sus manos y pies de niño, y cuya cara pintada, más blanca y más rosada que un frasco de confites, no indica ya la edad; su sonrisa tiene algo de lejano, como la de los viejos ídolos; sus ojos estirados tienen una expresión á la vez joven y muerta.

———

A excesivas alturas, por sobre todas las japonesas, la invisible emperatriz, aun no hace mucho tiempo dominaba como una diosa. Pero bajó poco á poco de su empíreo la soberana. Ahora se muestra, recibe visitas, habla, hasta cena, si bien es cierto que muy poco.

Ha abandonado sus magníficos palios cubiertos de extraños escudos, su alto peinado de ídolo y sus inmensos abanicos: hace importar ¡ay! sus corsés, sus trajes y sus sombreros. En la época del crisantemo, hará cinco años, durante una de las raras solemnidades á las que algunos privilegiados eran admitidos en su compañía, tuve el honor de verla en sus jardines. Era idealmente

encantadora, paseando como una hada en medio de sus plantas y de sus tristes flores de otoño; después venía á sentarse bajo un trono de crespón violeta (el color imperial,) con la tirantez del sacerdote griego en sus vestidos color colibrí.

Todo el aparato, deliciosamente buscado, con que se rodeaba entonces, le daba un encanto de criatura ideal.

Sobre los labios pintados, tenía una sonrisa forzada, desdeñosa y vaga. Su fina cara, cubierta de polvos, guardaba una expresión impenetrable, y, á pesar de la gracia de su encogimiento, se la tenía por ofendida de nuestra presencia que los usos nuevos la obligaban á tolerar, á ella, emperatriz sagrada, antes invisible, como un mito religioso!

Concluido todo eso, ahora han desaparecido las admirables ropas de formas milenarias y los anchos abanicos de sueños. El nivelamiento moderado se ha operado, de un solo golpe, brusco, en esa corte del Mikado, que había continuado hasta nuestros días más encerrados que un claustro, y que había conservado, desde las viejas edades, los ritos, constumbres y elegancias inmutables.

La orden vino de lo alto; un edicto del emperador prescribió á las damas del palacio vestirse como sus hermanas de Europa: se hizo venir precipitamente toda clase de géneros, moldes de costuras, sombreros confeccionados. Los primeros ensayos de conjunto de esos disfraces debieron tener lugar privadamente, tal vez con arrepentimientos y lágrimas, quién sabe, pero más probablemente con risas. En seguida se convidó á los extranjeros para venir á ver: se organizó *garden-parties*, saraos danzantes, conciertos. Las damas que habían tenido la suerte de viajar por Europa, en las embajadas, dieron el tono de esa admirable comedia tan pronto aprendida.

Los primeros bailes á la europea en pleno Tokio, fueron verdaderos esfuerzos de monos; se vió á algunas niñas vestidas de muselina blanca, con guantes hasta el brazo, hacer gracias en sus sillas, teniendo delicadamente en la punta de sus finos dedos el *carnet* de marfil tradicional; después con música de opereta, bailar, valsar, casi con compás, á pesar de las terribles dificultades que debían presentar á sus oídos todos nuestros ritmos desconocidos. Los vinos, los chocolates, los helados circularon, y todas esas cosas, absolutamente nuevas, han sido tomadas de las bandejas, con mil gracias, por manos excesivamente finas. Hubo discretos *flirtrajes*, figuras de cotillón y cenas.

Toda esa servil imitación, divertida ciertamente para los extrajeros que pasan, indica en el fondo una falta de gusto y de dignidad nacional en el pueblo chino: ninguna raza europea consentiría echar así al fuego, de un día para otro, sus tradiciones, sus usos y costumbres, ni aún para obedecer las órdenes formales de un emperador.

Gracias á Dios, la nueva mascarada femenina está localizada en un círculo muy estrecho, en Tokio solamente, y nada más que en la corte y en el mundo oficial. Todas esas pequeñas personas, princesas, duquesas ó marquesas,—pues los antiguas títulos japoneses han sido también cambiados por los equivalentes de Europa—que llegaban casi á ser encantadoras con sus espléndidos adornos de antes, son francamente feas hoy, con sus nuevos trajes que acentún para nosotros, la excesiva pequeñez de sus talles, lo asiáticamente chato de sus perfiles y la oblicuidad de sus ojos.

Distinguidas, aún lo son generalmente; raras, mal vestidas y ridículas, hasta donde se quiera; pero comunes, casi nunca; bajo la poca certidumbre de las nuevas maneras apenas sabidas, bajo el esfuerzo de las nuevas actitudes impuestas por los corsés y las ballenas, la fineza aristocrática persiste siempre; cierto que es lo único que les queda para encantar.

PIERRE LOTI



La sonrisa del retrato

Pintaba un gran artista la figura
De una mujer; pero en la boca había
Un rasgo que á su genio se escondía,
Que escapaba al pincel y á la pintura:
Una sonrisa de ideal belleza,
Que era como un destello de ternura
Perdido en una sombra de tristeza.

De repente el pintor, en la ansia loca
Del genio que al crear se inmortaliza,
En un golpe de luz trazó en la boca
La secreta expresión de la sonrisa.

Miró su obra el artista un largo rato
Con la muda ansiedad del embeleso,
Y después, en un íntimo arrebato
Acercóse frenético al retrato,
Y borró la sonrisa con un beso.

ISAÍAS GAMBOA.

San Salvador.

La gran Musa

Para "El Fígaro."

Escritores, cuántos de vosotros no sois la vergüenza del arte? ¿Hay modo de soportar que mientras los verdugos se glorían en su obra nefanda, os estéis ahí tegiendo guirnaldas para vuestras frentes, bordando sandalias para vuestros pies? Pide pan un hambriento; qué os importa? estáis delirando por las japonerías: grita un pueblo porque le salven de una fiera; qué os importa? estáis inventando palabras para adornar una sonora bagatela: el buitre de la usura se tira sobre los necesitados, les barrena el pecho, les bebe hasta la última gota de sangre; qué os importa? estáis fabricando porcelanas.

Vosotros sois artistas; queréis el azul, el ritmo, la flor, el biombo chino, el jarrón oriental, el tapiz de gobelinos, la babucha turca.

Siglos atrás los poderosos contaban entre sus servidores, bufones, juglares para desvanecer un poco el negro aburrimiento. Hoy, en plena civilización, no hay déspota que no posea su par de poetas, su par de prosistas. Por qué no? un caballo árabe, un sable damasquino son más caros que un ruiseñor de esos que saben endulzar las horas negras de los verdugos.

Yo bien sé que los que desdeñan ese camino tendrán por único premio la miseria y la oscuridad. Hay razón: esta saña, esta ira que se desborda, este anhelo de la pluma por convertirse en hacha, esta musa inquieta que ansía cortar de un golpe todas las cabezas de la Hidra, andan mal avenidos con los paladares delicados. Qué importa, si estamos bien con el cetro de hierro de la justicia? Ni se piense por eso que despreciamos el de la belleza, no. Todo tiene su puesto en la economía universal: la flor es tan útil como el huracán; el ruiseñor no vale menos que el león; el murmurio del arroyuelo completa la sinfonía del océano; el musgo y el cedro, la estrella y la luciérnaga, el colibrí y el águila, el céfiro y la tempestad son notas del gran canto de Dios. La nota falsa de esa inmensa harmonía es el mal; el mal es el desequilibrio de la justicia; la justicia es el eterno sol que infunde vida á todas las criaturas.

Tengo tan alta idea de la inteligencia, tánto respeto por esa preciosa facultad con que Dios agracia á sus escogidos, que no concibo cerebro poderoso sin la compañía de un corazón rebosante de grandes sentimientos; no concibo el poder creador sino para ser aplicado á los ideales más altos que puede acariciar el humano espíritu. Ahora bien: qué ideal más noble que éste, qué misión más santa que ésta de abatir á los inicuos, alzar á los caídos, dar luz á los ciegos, oído á los sordos, vida, en fin, á todos los que han hambre y sed de justicia?

"Luz, luz, más luz" dice Goethe, sintiendo cómo se le cierran los ojos del alma, al peso de las sombrías tinieblas de la muerte. Luz, luz, más luz, están clamando á gritos todos los desgraciados de la tierra. Luz es justicia; justicia es la enseñanza que se da al ignorante, la limosna que se otorga al mendigo; el llanto con que repartimos el dolor de los que sufren; la palabra de aliento con que se levanta al que desfallece. Cultivo á las plantas, protección á los animales, respeto á la vida de todas las criaturas, odio á todo lo negro, caridad á todo lo débil, es luz, es justicia.

Ved ahora, poetas, escritores, si esa musa es digna de vosotros, si esa deidad merece vuestro culto ó si habéis de vivir entregados á las primorosas bagatelas que se llevan consigo la energía, el talento, la inspiración de vuestras almas.

Lo que voy apuntando es lo mismo que ya dijeron en palabras y en acciones, esos á quienes estáis rindiendo perpetuo vasallaje: los genios, astros sin ocaso que derraman sobre la humanidad el eterno resplandor de la belleza.

Sí, el genio, ante todo, es adorador de lo justo.

Ahondad en las sombras de lo pasado, y veréis allá, perdida entre las brumas de la tradición, la venerable silueta de un hombre prodigioso. Es Job que comparece sobre el estercolero, rayéndose con un tiesto la podre que le envuelve. Siete días y siete noches se está ese anciano formidable sin despegar los labios, y ese silencio aterrador resume todo lo trájico que puede caber en la realidad y en la ficción. Ese mutismo, puede ser el sarcasmo viviente, un alma hecha ironía, un reto lanzado al mismo Dios. Antes de llegar ahí, Job rompe en grito estremecedor que hace temblar cielo y tierra; imprecación sublime que deja exhausto el inagotable manantial de la poesía. Ese rugido, esa tempestad disfrazada de queja, qué es si no sed de justicia, sed de reparación á todos los golpes que la fatalidad descarga sobre los miserables representados por el egregio poeta?

Dad un salto hasta la Edad Media y os encontrais con un hombre de sombrío mirar que va por las ciudades, con paso de espectro. Es Dante, el castigador de los grandes crímenes. El es poeta, pero el divino oficio de la lira le deja libre la mano vengadora con que escribe sobre la puerta del Infierno esa fatídica sentencia: "dejad aquí toda esperanza."

De nada ha servido que Bolívar, el creador de naciones, canse al tiempo y á la suerte en la lucha por la emancipación; de nada ha servido que Marte, encarnado en un llanero, eche despavoridos al otro lado del Atlántico á los opresores de la patria; de nada ha servido que Ricaurte, un desconocido, vuelva oscuras en un momento las heroicidades romanas; de nada ha servido que Sucre, el guerrero angel; Miranda, el gran girondino, y tantos otros consagren con su martirio la más noble de las causas. A despecho de todo, América continúa esclava, no de los españoles,

de sus propios hijos que, llevados de la ambición y la codicia, cambian en corona de espinas la triunfal diadema de la virgen reina. De nada ha servido, de nada: América es pantano sin orillas, cuerpo putrefacto de donde salen los millares de gusanos que le están bebiendo la sangre. Colón se ha salido de la tumba, y caída la frente llora, llora, llora arrepentido de su obra. América, ¡oh América! tus heridas es de muerte, estás ahonizando, ya expiras, ya se oye el tétrico claveteo del ataud, el sudario está listo; los grandes pueblos empuñan el arado que surca los campos malditos; la sal esterilizante va á caer sobre tu seno......Mas de pronto, erguido sobre la cima del Chimborazo aparece el dios de las venganzas, armado de una pluma. Los volcanes contienen su aliento de cícoples; los ríos paran su carrera; el mar se está inmóvil como si pesara sobre sus olas algo inmenso; las fieras permanecen en sus guaridas; los huracanes han plegado sus alas......En medio de este silencio aterrador se escucha la resonante voz de Montalvo que condena á muerte á todos los tiranos del Nuevo Mundo. El mismo desciende de su trono y hace de verdugo. Dos gritos y una carcajada, y tres monstruos ruedan por el suelo........

A qué decir más? Justicia es la musa de los genios: ella les inspira esas creaciones prodigiosas que sobrenadan en el océano del tiempo; ella templa los grandes corazones, las almas de acero en que fracasan todas las arremetidas del mal.

Alberto Masferrer



1895

Anoche al despedirme de un amigo, me dijo:

—Hasta el año entrante.

—¡Cómo hasta el año entrante! le respondí ¿y á dónde te vas?

—A mi casa.

—Y entonces, ¿por qué hasta el año entrante?

—Pues, hombre, hasta mañana—¿no sabes que mañana es el día de *año nuevo*?

—Ah, es verdad!

Después se me antojó que había mucho de triste y de amargo en este diálogo. ¡El año entrante, ya aquí cerca! pensé.

¿Es decir que no hay sino una línea entre el recuerdo y la esperanza, y es verdad que el presente es sólo un punto?

1894!

Y ya mañana será 1895.

Y todos los que han sido felices este año que expira, ya dentro de algunas horas, recordarán como cosa pasada el año de su felicidad.

¿Y quién sabe si en este tránsito se apague la estrella de la dicha? Y si los sueños de hoy, de este año, serán "el año entrante" ¡mañana! realidades tristes?

Y pensando así, anoche, se cerraron mis ojos y me quedé dormido..............

Ví acercarse una forma confusa; llegó á mí, me fijé: era la figura de un anciano; tal vez un viajero. Se detuvo, apoyado en su báculo; me miró, y me habló luégo en un lenguaje balbuciente que apenas entendí.

Puso en el suelo su mochila cerrada y se sentó á mi lado.

Y empezó á contarme una historia.... una historia que yo conocía.

Y á medida que avanzaba en su relato me estremecía yo porque pensaba que ese viejo iba leyendo en mi alma todo lo que decían sus labios temblorosos.

Me pintó escenas en que yo estaba; acontecimientos que no me eran desconocidos porque todo aquello lo habían visto mis ojos; fechas que despertaban en mi mente un recuerdo; y por último, el viejo dijo un nombre......

—Y ese nombre, le dije—¿cómo lo sabéis vos? ¿quién más lo ha pronunciado en el mundo, cuando yo lo formé, sólo para mí, para decirlo yo no más, para que nadie sorprendiera el secreto de mi alma?

Sonrió el viejo con una sonrisa de ciego, una sonrisa triste, sin luz ni expresión.

Y, callado, abrió su mochila; y sólo tenía allí flores secas que regó á mis pies.

—¿Qué es esto? le pregunté: decid, ¿quién sois?

—Esto, tus recuerdos, me dijo, mostrándome los pétalos secos; los he juntado todos para dártelos hoy; yo,—soy el genio que te ha acompañado durante doce meses; mañana vendrá otro para seguir contigo.... El te traerá esperanzas, yo te dejo recuerdos.

Sonó en la torre la primera campanada de la media noche, y al oírla el viejo, cojió su báculo, se levantó de prisa, y se fué. Yo sentía tristeza al verlo ir, porque mi corazón lo quería.

Cuando el viejo, con la postrera vibración, me dijo su último adiós en los umbrales del pasado, oí detrás de mí una carcajada armoniosa, sonora y alegre; y llegó corriendo un niño de ojos azules, rubio, trayéndome flores.

—Míra, me dijo, son esperanzas; yo te las doy. Vamos á ser buenos amigos, oyes? Yo vengo á acompañarte.

Cuando volví del sueño, la luz de un nuevo día, el primer fulgor de un año nuevo, entraba por las rendijas del balcón.

Isaías Gamboa

San Salvador, enero 1º

Nostalgia

En la noche glacial, cuando la bruma
envuelve mi alma en su crespón de duelo,
escribo versos grises con mi pluma
empapada en las lágrimas del cielo.

Con nostalgia de sol y primavera,
de céfiros é idílicos amores,
extraño la magnífica pradera
con su coro de pájaros y flores.

Veo el cuartito azul en que cantaba
la bella Mina ensueños celestiales;
y escucho el violoncello que tocaba
el buen Justino en noches estivales....

Y entono mi romántica querella,
que al beso de la luna abrió su broche,
yo, el triste enamorado de una estrella,
yo, el pálido poeta de la noche!

JOSÉ FIANSÓN.

Lima.



Clara

A la luz del quinqué, velado por una pantalla de color rosa, Clara López leía una esquela que su doncella, con mil temores y excusas, le acababa de entregar.

Era del señorito León.

¡Amar! ¿Qué era eso? Clara era una muchacha de diez y siete años, bien desarrollada, hermosa; y ¡cosa extraña! ¡No sabía lo que era amar!

"¡Ámeme Ud! Se lo pido de rodillas!" ¡Qué frase tan dulce, tan sentida!

Aquel muchacho, aquel que ella veía todas las tardes cabalgar al lado de su carruaje en la Alameda: aquel mismo que, las noches de teatro, ocupaba acompañado de una señora de bastante edad, pero hermosa aún, uno de los palcos de enfrente y que por toda la velada, no le desprendía de encima los gemelos; que los domingos, después de la misa de seis, le esperaba á la salida del templo, recostado en alguna columna del pórtico y le saludaba de una manera tan afable y suplicante. Sí. Le simpatizaba mucho. Nada más.

Y ahora ¿qué haría con esa esquela? ¿Cómo contestarle? Le diría lo que él deseaba; un "te amo" escrito en letras bien gruesas. ¿Y qué le diría con esto? Amor....amor....amor......¡Sí! Julia, que acaba de casarse, le dice á cada tarde, en el paseo, en el teatro, en casa de la modista, en todas partes: "¡Me ama tanto mi Jorge!" Sí. Amor!....Ya lo adivinaba. Amor: el beso fuerte en la roja boquilla del Bebé retozón! Amor: la caricia á Juanilla, la hermanita menor, que de bonita y delicada es una porcelana! Amor: el beso en la mejilla sonrosada del papá y la frente alba y severa de la mamá. Ah! Amor para este otro ?Caricias y besos al señorito León que tiene una deliciosa barba rubia, como el Nazareno del altar de la capilla de la casa!..........

Y abrió la puerta del boudoir, que daba á un corredor lleno de macetas de flores plantadas en jarrones de porcelana y que cuchicheaban en la oscuridad. Al abrir los cristales de una jaula de canarios salió el ruido de un ligero esponjar de cuerpos menudos.......

Iba donde mamá.

¿A mostrarle la esquela y denunciar como cómplice de León á la pobre Leré, la doncella?

No. Iba á darle un beso de buenas noches y en seguida á acostarse. Lo que era papá estaba en el Casino y no volvería hasta pasadas las dos ó tres de la noche.

El quinqué, velado por una pantalla color rosa, bañado de oro, diluido en polvos, la alcoba confortante y perfumada, como para ser habitada por una hada ó una virgen desterrada del cielo.

Allí se ve, en profusión, confundidos y en cordial maridaje, todo lo que de más refinado el arte ha producido.

La alcoba está tapizada de tela color azul, rameado de rojo: entre las largas cintas negras, enredan sus crenchas unas madreselvas pintadas de manera maestra. Los muebles son de palo rosa y caoba, bien flamantes. Los cortinajes de damasco azul, en concierto con el tapiz y recogidos los anchos pliegues por un cordón de oro, que amarra sus cabos en perchas que representan ramos de rosas abiertas de manera rara y asombrosa. Por todas partes, regados, sobre los veladores de laca, sobre el mármol de las mesas ovaladas, sobre el ónix de la chimena bien provista de *cok*, multitud de chucherías sajonas y niponesas, grupos de flores de cera blanca venidas de Alemania, grupos en bronce, Galateas y Dianas de mármol albo, compradas en casa de Lordy, que siempre, por cada vapor, hace venir rico y variado surtido de ellos.

En una esquina, un negro piano Ebans muestra su teclado riente, como esperando una mano

cariñosa que hiera su cordaje armonioso; y, abierta en el atril, unas solfas, un pedazo de la GIOCONDA de Puchini, que Clara estudiaba cuando la doncella le interrumpió para entregarle la carta de León.

Un largo biombo hace penumbra á un delicioso rincón donde está el lecho, mullido y cálido como un nido de gorrión, como el cándido lecho de una monja, bien extendidas y compuestas las sábanas de lino fino y las frazadas color crema, franjeadas de lila, esperando un cuerpo desnudo, y guardado por grandes cortinas de rosa y girones de gasas y tules.

Por la ventana abierta, que cae al jardín, entra el olor fuerte de las verbenas, mezclado con todos los demás de aquel florilegio vivo, y se cuelan rayos débiles de luna, que á pesar de la luz del quinqué, brillan y correteau sobre la alfombra traviesamente, y se posan en los jarrones finísimos, que colocados sobre trípodes de bronce y mármol, ostentan gruesos ramos de flores, que todas las mañanas Clara hace mudar por un lacayo.

La misma puerta se abrió, y una mano blanca y pequeña aparta el portier.

Es Clara que entra.

Como hecha para ser celebrada por los poetas líricos, en grandes tiradas de versos, nació esta muchacha, que es insuperable en su belleza.

¿Un ligero retrato de *amateur*? Hélo aquí:

De cuerpo algo alto, no del todo desarrollado, pero de un grosor opulento, de princesita florentina. Cabellera negra que cae á grandes matas sobre las espaldas de un tallado perfecto, y sobre los hombros. Rostro oval; mejillas frescas y rosadas, como poma edenal; nariz perfecta en su estructura; ojos grandes y grises, rodeados de largas pestañas; boca menuda, de labios con un vivo clavel murciano. Senos combados; senos de virgen en plena pubertad. Cintura delgada y ondulante, libre de corcé, al ritmo de un extraño impulso. Pie pequeño, calzado coquetamente, que asoma bajo los encajes de la bata marrón, como paloma tornasol, tímida y divinal.

¿En qué pensaba? ¿Qué haría?

Se sentó junto á la mesa, que sostenía la lámpara de plata viselada, y sobre la que había algunos libros ricamente en pastados y algunos diarios de la tarde, tomó la pluma, la mojó en tinta y escribió sobre la primer cuartilla de un bloc de papel celeste, timbrado con sus iniciales entrelazadas:

"León:

"Quiere que le diga que le amo. Pues bien: ¡Le amo! Se lo repetiré cuantas veces quiera.

"¿Quiere un recuerdo mío? Junto á esta carta, que le entregará mi doncella, va el listón que ata mi cuello y la gardenia que hoy por la mañana al atravesar el jardín para irme á misa, corté para mi corpiño.

"Va algo más. ¡Si Ud. pudiera seguir sobre el papel las huellas de mis besos!

Suya por siempre,
Clara."

Concluída que fue la carta, la metió en un sobre y la rotuló. Desató de su cuello el listón paja y lo dobló cuidadosamente. Levantóse y tomó de sobre su mesita de noche la gardenia que había dejado allí al cambiarse de traje y que estaba ya bastante marchita. Y tocó el timbre.

La doncella acudió y Clara le entregó la carta y la flor y el listón, suplicándole hacerlo llegar todo á manos de León, lo más pronto que le fuera posible.

Salió Leré.

Clara cerró la ventana, no antes sin quedarse allí un breve rato contemplando la mancha negra del jardín, donde sólo de cuando en cuanda se veía la chispa diminuta de una oruga. Corrió el cerrojo de la puerta.

Comenzó á desvestirse.

Frente á su cama estaba una luna magnífica que copiaba el lecho todo entero. En todas las noches de su vida, Clara no había advertido nada ni se había ruborizado al ver copiadas en el cristal sus carnes virginales.

Esa noche, al volver involuntariamente la vista, vio su silueta dibujada allí y tuvo sonrojos de colegiala sorprendida en alguna travesura por la señora maestra.

¡Qué cuadro! El espejo recogía aquella silueta encantadora de Clara en camisa de dormir, preparada para lanzarse al lecho, con los pies desnudos, las pantorrillas descubiertas, el seno tímido, de turrón, que saltaba por entre los encajes del escote......

Dió un ligero soplo á la vela y todo quedó en lo obscuro.

Arrebujada entre las sábanas, corridas las cortinas blancas, Clara esperaba que el sueño cerrara blandamente sus párpados. Pensaba en León á quien amaba ya sencillamente, con toda la fuerza del primer amor y todo el frenesí de un corazón hasta entonces despertado de su sueño inocente y cándido.

Ocultos entre los pliegues de los cortinajes del lecho, los traviesos duendecillos de la noche espiaban impacientes á la muchacha, esperando que se cerrasen sus ojos para besar suavemente y con pasión, los labios rojos y vírgenes, que quizá muy pronto, sentirían con voluptuosidad el ardor de los besos apasionados de León.

ARTURO A. AMBROGI.



El "Romersholm" de Ibsen

Después de haber visto la derrota de Brand, de Stockman, de Hialmar y de Nora, el gran Ibsen comprendió que era imposible salvar á la humanidad del abismo hipócrita en que las convenciones sociales la han precipitado. De allí la amargura dulce y burlona de sus últimas obras.

En la *Dama del Mar*, en *Hedda Gabler* y en *Romersholm*, Ibsen no da ningún consejo á los hombres, sino que se contenta con decir lo que ha soñado y lo que ha visto. Algunos críticos pretenden que la historia de Rosmer es una nueva muestra de la impotencia del genio aislado ante la masa inmensa de hombres necios que desconocen la pureza del Ideal. Yo prefiero no ver en *Romersholm* más que una leyenda humana, sin tesis y sin fondo trascendental. Por eso voy á hablar de él, como otros han hablado de *Hedda Gabler*, sin hacer ninguna consideración filosófica.

⁂

El pastor Rosmer es un hombre docto y austero que vive en una casa de campo cuyas paredes están tapizadas de mapas instructivos y cuyos balcones dan sobre el panorama de un torrente maravilloso. Lo único que amarga su existencia, sin embargo, es la vista de ese torrente, por haber sido en él donde su mujer encontró la muerte una noche de locura fúnebre. Pero su tristeza es resignada, y el recuerdo de la difunta llega á no ser para él sino una visión lejana y melancólica. Kroll, su antiguo compañero de placeres, le dice un día:

—Sino vengo á verte á menudo, es porque temo que mi presencia avive en tu memoria el recuerdo de la desgraciada que supo, en otro tiempo, animar con sonrisas llenas de gracias la severidad de este hogar.

—Tu idea es noble—contesta Rosmer,—pero si no es más que por eso, te aseguro que haces mal en no visitarme todos los días.... Yo no siento ninguna amargura cruel cuando pienso en la pobre Felicia. En casa se habla de ella á cada minuto y su nombre nos acompaña siempre. Más aún: desde hace algunos meses casi me parece dulce pensar en ella, pues creo haber hecho todo lo posible por ayudarla á vivir felizmente en este valle de lágrimas.

Otra de las causas que contribuyen á la felicidad sentimental de Rosmer, es la compañía de cierta ama de llaves que después de haber sido la mejor camarada de Felicia, llega á comvertirse en verdadera señora de la casa, sin dejar por eso de ser una simple amiga del pastor.

Kroll lo comprende así, y dirigiéndose á ella, dice:

—Eres una buena muchacha, Rebeca. Felicia debe de bendecirte desde el cielo por la solicitud con que cuidas á nuestro amigo. De hoy en adelante vendré á visitarte todos los días... Ahora necesito hablar de cosas serias con Rosmer.

Lo que Kroll desea, es que el pastor lo ayude en una campaña política que piensa emprender contra el partido radical.

—Puesto que nuestros enemigos han conseguido apoderarse del poder—le dice—es necesario que nosotros nos apercibamos á la defensa. Yo estoy decidido á obrar con energía. En la lucha no han de faltarme ni fuerzas ni medios de acción. Por lo pronto, ya he conseguido ser propietario de *El Eco del Distrito*, y lo único de que en este instante he menester, es de un redactor..... Tú serías ese redactor, ¿no es cierto?... El solo nombre de Juan Rosmer me parece ya un triunfo para el partido. Yo estoy considerado en el país, como un hombre de ideas demasiado netas, y mi nombre es símbolo de fanatismo rabioso, por lo cual el pueblo haría poco caso de mis artículos; tú, en cambio, que siempre has vivido solitariamente, lejos de motines y de revoluciones, tienes fama de hombre justo y tu nombre es suma y compendio de docta mansedumbre. La profundidad de tus ideas y la rectitud de tu carácter, son proverbiales. Los Rosmer de Romersholm han sido siempre sacerdotes, militares, altos dignatarios, almas honradas y corazones bondadosos, que desde hace más de dos siglos ilustran el distrito. Las tradiciones de tu raza te mandan tomar parte en esta cruzada, que tiene por objeto defender las buenas ideas de antaño....¿No es cierto, Rosmer?

—No—responde Rosmer—no es cierto. Hace diez años fuímos correligionarios, pero hoy ya no lo somos, ya no podemos serlo. Mis ideas han sufrido un cambio radical. Un nuevo rayo de juventud ha iluminado mi espíritu y en este instante soy amigo de los que viven libremente obedeciendo los consejos del instinto. Lo único que me apena es saber que este cambio te entristece; pero, ¿qué quieres que haga? Me pides que trabaje en favor de la Nobleza y te respondo que para mí la nobleza es la alegría y la Libertad. La corrupción está más cerca de las levitas que de las bluzas. Soy lo que se llama desdeñosamente un humanitario. Ninguna de mis ideas es hija del ambiente político que hoy se respira en el mundo. Lo único que deseo es comulgar en el caliz del pueblo y decir á los hombres: "unidos en un brazo de amor, todos sois hermanos; el advenimiento de la santa igualdad no puede tardar; unámonos para recibir el Cristo nuevo."—Y no vayas á creer, mi buen Kroll, que este es un ensueño pasajero y frívolo. ¡Oh, no! Este es un ideal tan antiguo como firme, del cual nunca quise hablar delante de tí, para evitarte una pena inútil. Hoy la culpa ha sido tuya...... después de todo, más vale así. El disimulo, entre amigos, es odioso, y te autorizo para que repitas mis palabras ante todos mis amigos partidarios. Si me abandonan, lo sentiré, pero siempre me quedará el consuelo de saber que no estoy solo en el mundo de las grandes ideas. La dulce Rebeca me acompañará, con su amistad, en el aislamiento.

—¿Rebeca?—exclama Kroll—¿Rebeca?.... Esto me hace pensar en ciertas palabras de Felicia......

Y luego se marcha, sonriendo maliciosamente sin querer explicar el misterio inquietante de su frase.

Rosmer no se apura. "La verdadera fortuna —dice—consiste en tener la conciencia tranquila."

—En seguida se acuesta; se duerme, y ve desfilar entre la bruma de sus ensueños una inmensa carabana de hombres libres que van hacia la Verdad y hacia la Dicha.

***

Al día siguiente Kroll viene á verlo de nuevo, pero ya no como amigo, sino como juez.

—Tú te figuras, querido Rosmer—le dice,—que la pobre Felicia se suicidó en un momento de locura. Esa es una idea falsa.... Te diré porqué... pero no me interrumpas.... En los últimos años de su vida, Felicia vino á verme dos veces: la primera para decirme que tú estabas á punto de perder la fe católica; la segunda para asegurarme que estaba dispuesta para abandonar este mundo con objeto de que tú fueses feliz al lado de otra mujer. Yo no quise dar importancia á sus palabras, por que la creía loca. Hoy comienzo á comprender que el loco era yo, y que ella era un profeta....Si, Rosmer, sí; tú has perdido la fe, y además eres dichoso pudiendo gozar libremente del cuerpo de Rebeca......

Al oír esta acusación, el pastor se pone pálido y responde con energía que Rebeca no es sino su amiga, sólo su amiga, nada más que su amiga; que si Felicia había creído eso, Felicia se había equivocado; que si Kroll lo cree, Kroll se equivoca; que los hombres honrados saben que él es incapaz de pecar, y que los que dicen lo contrario, lo calumnian.

Al fin recobra la calma y repite interiormente la frase de su evangelio: "La verdadera fortuna consiste en tener la conciencia tranquila."

***

¡Pobre Rosmer! Su conciencia está limpia, y en el fondo de su alma sigue brillando la honradez; pero su corazón llega á turbarse. Las frases violentas de Kroll le hacen reflexionar sobre la naturaleza oculta de su simpatía; y de su reflexión nace una duda terrible—"¿Será cierto que él haya amado á Rebeca sin saberlo y que Felicia lo haya comprendido?" Para tranquilizarse llama á Felicia y se lo cuenta todo.

Luego le dice:—Yo estaba seguro de que tarde ó temprano un hombre enturbiaría el agua pura de nuestra amistad con el lodo de la calumnia, pero nunca pude creer que la acusación de mi enemigo llegase ha ser tan cruel y tan creíble. El ardor de nuestra alianza espiritual no me pareció nunca pecaminoso. En el fondo, no creo tener nada que reprocharme....nada más que la muerte de esa pobre Felicia que vivía á nuestro lado, que nos observaba con solicitud enfermiza y que pudo figurarse......¡Ah! la duda es horrible......Su cerebro hizo combinaciones, y me vió huyendo de la Iglesia para acercarme á tí.. Esta revelación ha hecho cambiar en un día todo mí gran sistema de dicha, basado en la comunión casta de los sexos. Hoy ya no sé si debo creer en la fuerza de mi amistad. Mi vida futura estará llena de combates interiores, de inquietudes secretas, de sensaciones misteriosas......Lo único que podría salvarme de este pasado cruel, sería un presente vivo robusto......El matrimonio......otro matrimonio......una mujer...... Yo no quiero atravesar la vida con un cadáver sobre la espalda. Es necesario que tú me ayudes á desembarazarme de ese cadáver; es preciso que tú contribuyas con el ruido de tus besos á ahogar el murmullo del recuerdo....Sé mi esposa.

—¿Yo?—exclama Rebeca con alegría.—¿Yo?

—¡Sí, Rebeca, tú, tú, tú.

—Es imposible.

—¿Por qué imposible?

—Porque entre nosotros hay un cadáver.

—¿Un cadáver?

—Sí; un cadáver. Oye.—Y Rebeca hace entonces la historia lamentable de su vida interior.

***

Hé aquí el relato de Rebeca, reducido á veinte líneas:—Cuando yo vine á Romersholm tuve la revelación de un mundo nuevo. Mi tutor me había enseñado algo de todo: yo era casi un sabio; mi cerebro estaba lleno de ideas incoherentes sobre la vida. Mi sueño dorado consistía en tomar parte activa en la lucha que acaba de entablarse en favor de la libertad. Cuando supe que tú habías sido educado por un filósofo radical, quise asociarme misteriosamente á tí para marchar por el mundo que se habría ante mi paso en compañía de un hermano espiritual. Entre nosotros había un muro siniestro que yo traté de destruir creyendo que tù no podías llegar á ser verdaderamente libre si no viviendo en plena luz. Ahora bien; para destruír sin ruído ese muro, tuve que emplear algunos instrumentos refinados é invisibles. Lo primero que hice fue filtrar en el cerebro de Felicia la idea de que tú eras desgraciado al lado suyo; luego la dejé adivinar que yo era un peligro para tu fidelidad, y al fin concluí por obligarla á creer que sin ellas tú serías el hombre más dichoso del mundo. Todo esto es criminal, sin duda, pero no tanto como pudiera creerse. En el fondo yo misma apenas era el verdugo de un tirano fatal que se llama Destino. En mí no había ni fría premeditación ni razonamiento perverso, sino verdadero deseo de hacer tu felicidad, sacrificando un obstáculo. Yo quería apartar á Felicia de nuestro camino, pero no me daba cuenta del resultado de mi maniobra. Cada vez que daba un paso oía una voz interior que me gritaba: "no vayas más lejos, no vayas más lejos, no vayas más lejos"....y, sin embargo, yo iba más lejos, sin poder detenerme; y daba un nuevo paso, y luego otro, diciéndome siempre: "éste será el último,"....hasta que, en efecto, vino el último... para llevársela á ella....

***

Al oír esa confesión, Rosmer trata de huír, de esconderse, de no volver á ver á Rebeca, de olvidarla.... Pero imposible. Su corazón puede más que su cerebro, y después de hacer mil esfuerzos vanos por recobrar la libertad, acabó por declararse más esclavo que nunca.

La escena final es un poema doloroso y terrible.

Hela aquí, casi sin ningún cambio.

—Rosmer y Rebeca están de pie junto á la ventana que da sobre el torrente.

—Después de todo, Rebeca, lo mejor es que nos separemos.

—Sí, Rosmer; yo debo marcharme en el acto.

—Sin embargo, es necesario gozar de nuestros últimos instantes de amistad... de amor, iba á decir....acércate, Rebeca.

—¿Qué quieres decirme, Rosmer?

—En primer lugar que no debes estar inquieta por tu porvenir.

—¿Mi porvenir?....¡Ah!............

—Yo he pensado en todo, y desde hace tiempo tu suerte material está asegurada.

—¿Has pensado en eso?

—Sì, naturalmente, en todo.

—Hace muchos años que yo no tengo tiempo para reflexionar sobre asunto de tal género.

—Tú te figurabas que esto duraría eternamente.

—Sí......

—Yo también, pero siempre he pensado que podía morir.

—¡Oh! tú vivirás mucho más que yo.

—Quién sabe; yo tengo el derecho de hacer lo que me convenga de mi existencia.

—¿Qué quieres decir con esas palabras....? Piensas en........?

—¿Por qué no? Después de la terrible, de la lamentable derrota que he sufrido....¡Y yo que deseaba vivir para ser útil á mi causa!......, Ni siquiera he comenzado á luchar y ya estoy huyendo.

—Vuelve á luchar, Rosmer, vuelve á luchar. La victoria te espera. Gracias á tí, muchos millones de almas conocerán la verdadera nobleza.

—Imposible, Rebeca; yo mismo ya no creo en mi causa.

—Sin embargo, está probado que es una causa hermosa puesto que ha logrado ennoblecerme á mí; yo soy ahora noble, gracias á tu ejemplo.

—Si yo pudiera creerlo......

—¡Ah, Rosmer!....¿No hay nada, nada, que pueda convenirte?

—No hablemos de eso, Rebeca; no hablemos de eso, por Dios, no hablemos de eso......

—Al contrario, Rosmer, es necesario hablar de eso, sólo de eso....¿Conoces algún remedio para curar el mal de la duda? Yo no conozco ninguno.

—Tanto mejor para tí....y para mí.

—No, no, no; eso me basta. Si tú conoces algún medio para que yo me justifique ante tí, tengo derecho á conocerlo ...Díme cuál es.

—Pues bien....pero no....es imposible.... sin embargo....¿Díces que sientes un amor inmenso?......¿Pretendes que he ennoblecido tu sér?......¿Has hecho bien tus cuentas?...... ¿Quiéres probármelo?

—Sí, sí.

—¿Y cuándo?

—Cuando quieras, mientras más pronto, mejor.

—Está bien, Rebeca. Veamos, pues, si por amor estás dispuesta esta noche misma......¡Oh, no, no, no!

—Sí, Rosmer, si, si... Continúa, dime lo que deseas y verás.

—Tendrás el valor de......serías capaz de tomar alegremente, por el amor que me tienes.. esta misma noche....el camino que tomó Felicia?.............

—¡Ah! (levantándose lentamente y con una voz á penas perceptible.) ¿Rosmer?......

—Sí, Rebeca; ese es el problema que se presentará eternamente ante mí, cuando tú te hayas marchado. Se me presentará á todas horas.... ¡Ah! ya creo verte......hete allí, en el puentecillo, justamente sobre la cascada......te inclinas te da un vértigo....vas à caer en el agua...caes. No; ¿no es cierto que te arrepientes y que no te atreves á hacer lo que ella hizo?

—¿Y si lo hiciera? ¿Y si tuviese el valor? Y si no me faltara esa voluntad gozosa?......¿Qué dirías tú?

—Entonces creiría en tu amor; creiría en mi causa; estaría seguro de que puedo ennoblecer el alma humana y que el alma humana es susceptible de ser ennoblecida.

—*(Se levanta, toma su chal, se cubre.)* Voy á devolverte la fe.

—¿Tienes el valor y la voluntad de hacerlo?

—Ya lo verás, mañana ó pasado, ó cuando saquen mi cadáver del agua.

—¡ Horrible sedución !

—Yo no quiero quedarme *allí* mucho tiempo es necesario hacer que mi cuerpo sea sacado en breve plazo.

—¡Todo esto es una verdadera locura! Quédate ó márchate, como quieras, pero no hablemos más de suicidios. Te creo sin necesidad de de pruebas.

—Esas son palabras, Rosmer, sólo palabras. Y ya vasta de estratagemas y de cobardías. Después de lo que ha sucedido, tú no puedes creer en mi palabra.

—Pero es que tampoco quiero ser testigo de tu derrota.

—Eso no será una derrota.

—Sí, si lo será. Tú no estás hecha para tomar el camino de Felicia.

—¿Crees que nó?

—Te lo aseguro. Tú no eres como Felicia; tú no vives bajo el imperio de esa locura que hace ver la vida desde un punto de vista falso.

—No; pero al fin he llegado á ver con indiferencia, como se ve en Romerholm. Soy culpable; necesito ser castigada.

—(*Mirándola fijamente.*) ¿Has llegado hasta ese extremo?

—Sí.

—Está bien, pero yo veo la vida como los espíritus libres deben verla. Nosotros no dependemos de ningún tribunal; nosotros mismos debemos juzgarnos.

—Justamente (comprendiendo mal), justamente; y así, si me voy puedo salvar lo más precioso que hay en tí.

—En mí no hay nada que pueda ser salvado.

—Sí, Rosmer; yo no puedo ser sino el mal Genio que, yendo en el mismo navío en que tú te embarques, se pondrá siempre de pie en uno de los costados del puente para hacerlo vacilar é impedir su marcha. Es necesario que me eches al mar. ¿O te figuras que es mejor dejarme libre para que vaya á arrastrar por el mundo una existencia fatal, para que me desespere llorando la dicha que se me ha escapado de entre las manos y la fortuna que el pasado de mi vida me ha hecho perder?...Más vale salir del mundo.

—Si te vas, me voy contigo.

—Sí, Romers, ven; sé testigo de lo que voy á hacer.

—Te aseguro que te seguiré.

Hasta el puentecillo; nada más que hasta el puentecillo, en el cual nunca te atreves á poner el pie.

—Has notado que nunca paso por el puente?

—Eso ha sido lo que siempre me ha hecho perder la esperanza de ser amada; eso me ha hecho ver que nunca has podido olvidar á *la otra*.

—Ahora mismo, Rebeca, te tomo por esposa.

—Gracias, Rosmer; y ahora que soy tu mujer, me marcho al sacrificio con alegría.

—El esposo y la esposa no deben separarse nunca.

—Hasta el puentecillo, Rosmer.

—Yo subiré contigo é iré donde tú vayas; tengo valor para hacerlo.

—¿Estás seguro de que el mejor camino para tí, es el camino que yo siga?

—Estoy seguro de que es el único.

—¿Y si te engañas?

—El marido debe seguir siempre á su mujer.

—Ante todo, dime una cosa: ¿quién entre nosotros dos sigue á quién?

—Sería imposible saberlo.

—Sin embargo, yo querría saberlo.

—El uno sigue al otro, Rebeca; tú me sigues á mí; yo te sigo á tí; los dos nos seguimos...

—Eso es lo que yo creo.

—Ahora ya no somos más que uno.

—Sí; ya somos uno. Ven...Vamos alegremente á donde se fué Felicia. .Ven...Ven.

Y salen en efecto, cogidos de las manos, camino del torrente. Un instante después los dos cuerpos, animados por el mismo espíritu de sacrificio apasionado, se arrojan desde el puentecillo.

—¡Socorro!— grita la señora Helsetk—¡Socorro!

Pero no hay socorro posible. "El alma de Felicia los ha agarrado."

***

—Y bien—Le dije á Marcelo cuando salimos del teatro—¿qué piensas de *Romersohlm*?

El poeta no quiso responderme y se contentó con sonreír. Su espíritu latino se sublevaba contra la bruma del Norte que envuelve todas las frases de Ibsen y su cerebro harmónico sentíase desconcertado ante la rudeza del carácter bárbaro; pero su alma de hombre se encontraba dominada por el genio del poeta enemigo y se extremecía ante el recuerdo de Rebeca y Rosmer. —Mientras sus labios sonreían, sus pupilas iban cubriéndose de fosforescencias luminosas.

Unos días después volví á preguntarle qué le parecía el drama.

—*Romersholm*— respondióme—es una barbaridad.

Y, en efecto, es una barbaridad, pero es una barbaridad grandiosa. Todo en él parece sobrehumado, y, sin embargo, todo en él conmueve. Cada personaje que sube á las tablas representa un símbolo vago; cada frase es un examen de conciencia ó un análisis psicológico; cada actitud comprendía un estado del alma universal. En su extructura, *Romersholm* sólo parece un drama filosófico, escrito para los hombres iniciados. No obstante, en la escena las ideas desaparecen y la emoción triunfa. Tanto es así, que después de haberlo visto representar varias veces, ni siquiera me acuerdo de la tesis (en caso de que haya tesis y yo no lo creo como ya lo he dicho), y en cambio aún veo palpitar el alma perversa y encantadora de esa pobre Rebeca que murió de amor.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

París—1894.



Día de nieve

Hace un momento que con su flexible y encantadora charla de gorgeos llenaba ella de ruido y de alegría esta misma habitación.

Ha ido... no sé: no puedo resistir al deseo de verla una vez más, y me acerco aquí, al balcón y á través de los cristales, en los que apoyo mi frente ardorosa todavía, la miro cruzar el arroyo á saltos, por en medio de los caballos que trotan y de los carros cuyas ruedas resbalan por las piedras cubiertas de escarcha.

Va, como siempre, rápida, con su paso menudito como si álguien la esperase.

Muchas veces he intentado seguirla; inquirir su vida que se me antoja misteriosa; pedir las explicaciones de su pasado. Más ¡á qué estas averiguaciones crueles? No es ella algo así como una luz para estas heladas sombras de mi vida? ¿No adivina ella hasta mis horas negras que viene á disipar con sus caricias?......Esta mañana la oí tocar muy quedo á la puerta de mi cuarto, como si temiera interrumpirme el trabajo. Venía, tiritando la respiración, á refugiarse en mis brazos: la nieve la había azotado atrozmente. Y al decirlo, se reía como una loca con su risa de escalas y cadencias, mientras con los dedos temblorosos buscaba á tientas los botones de sus guantes húmedos por la lluvia. Luego, despojada de la capotita y del sombrero empezó á inspeccionar mi mesa que era una confusión:

—¡Dios mío, cuánto desorden; los libros descuadernados: cartas de amigos que no se pueden contestar, y qué montaña de periódicos extranjeros!......¡Los lees todos? ¿En todos ellos escribes? Estas cuartillas interrumpidas....Te pagan mucho ¿verdad?....

Y con su mohín de boca de pilluelo que acentuaba graciosamente las frases más pueriles continuó su elocuente discurso, que empezaba como una brisa juguetona para acabar en borbotones como una fuente desbordada. Después reclinando su cabeza rubia sobre mi pecho me pedía que le pagara con besos de amor su atropellado charloteo. Y vinieron las expansiones y los recuerdos.

¡Aquel dorado día de otoño en que nos conocimos! Fué á la salida del retiro. Una inmensa línea de coches se precipitaba por la puerta de Alcalá y hubimos de esperarnos largo rato; yo iba detrás, veía como un rayo de sol que le alumbraba el vello de la nuca y no sé qué le dije; una barbaridad llena de pasión repentina que me subió á los labios. Cruzamos calles y barrios enteros, y se me perdió al fin entre un torbellino de gente, pero una noche, en la Eslava, la alcancé á ver en aquel mismo palco de la izquierda, á donde luego volvimos tantas veces, y......la victoria harto reñida se festejó con excursiones y comidas de restaurant, y citas inesperadas. Y hubo celos y ternuras, coquetería é impaciencias, rupturas de una noche y reconciliaciones de un segundo; estallidos de llanto mimoso y alegrías locas de risa. Una verdadera pasión que enciende la sangre y penetra las carnes hasta llenar dos vidas de rubores y de éxtasis.

Hoy hemos gozado muchas horas de delicia; ella medio envuelta en la amplitud de sus faldas que le denuncian algunos detalles de su cuerpo hecho á cincel, y yo muellemente hundido en el sofá, pensando en esta felicidad que no acaba de ser nunca verdad; una felicidad llena de temblor, de sobresaltos, de dudas; que se alimenta de caricias, de fulgores de ojos azules, de respiraciones tibias, de rumores de vestidos!...... Algunas veces, cuando toda su plena juventud, todo su ondeante cabello de oro, toda su fresca carne rubia, hechos peso adorable, descansan perezosamente sobre mi brazo, y oigo que con su voz temblorosa y apagada de amor, me jura fidelidad eterna, acuden á mi imaginación ideas tan extravagantes y brutales, que me entran ganas de desmentirla, de injuriarla, de decirla que se vaya, que no vuelva. Es un montón de frases crueles que se me agolpa á los labios; un verdadero tormento, un horrible suplicio, una obsesión harto dolorosa, para quien como yo, quiere amar con toda el alma.

Pero esta sensación de frío que me corre por todo el cráneo hasta bajarme al pecho apoderándose de la mitad de mi vida, me está revelando que ella no puede ser ya fiel ni yo puedo ser creyente.

Creyente un aguerrido del dolor. Uno á quien envenenaron de niño la existencia. Uno quien tuvo amigos para que lo traicionaran y lo hostigaran y le arrinconaran la paciencia, trocándole en malvado.

Y esta pobre mujer quiere qué yo crea!

Para creer se necesita una alma y yo no sé si la tengo muerta; sé que tengo corazón porque lo oigo palpitar furiosamente aquí, cuando álguien me hiere, cuando sufro, cuando siento como ahora, que detesto y amo á la vez, á quien llora por mí.

Por eso cuando hoy se despidió de mí, atrayéndome dulcemente, colgándose de mis hombros como un bebé, para repartirme caricias de gata, me estremecí de dicha......pero al quedarme solo, con mucha tristeza, con mucho miedo, como un niño acobardado que busca á la nodriza que se ha ido, la duda y la pena tornaron á hostigarme y me acerqué al balcón, para verla: á través de los cristales, caminar la ví á saltitos sobre la nieve menos helada, que está muerta......que es mi alma.

Miguel Eduardo Pardo.

Madrid

Soneto Watteau

Manón, la de ebúrnea frente,
La de cabello empolvado
Y vestidura crugiente;
Tus ojos me han cautivado!

Eco de mi amor ardiente
El clavicordio ha cantado,
La serenata doliente,
Y el rondel enamorado......

Ven! El amor que aletea
Lanza su flecha dorada
Y en el mar, que azul ondea

Surge ya la empavesada
Galera flordelisada
Que conduce á Citerea!

JOSÉ JUAN TABLADA.



Tarjetas

F. Gavidia

Enero 1º de 1895.

ENERO 1º

Víctor Jerez

1895

Arturo A. Ambrogi

A sus amigos les desea un año próspero y felis.

Enero 1º—1895.

Vicente Acosta

Enero 1º de 1895.

ISAÍAS GAMBOA

ENERO 1º DE 1895.

1895

Carlos G. Zeledón.

ENERO 1º

Enero 1.º — 1895.
Alberto Masferrer.

Jeremías Martínez
Enero 1º—1895.

José Jurado
Desea á sus amigos muy feliz año.
Enero 1º—1895.

Enero 1º
José B. Navarro.
1895.

T. Antonio Solórzano
Feliz año nuevo
Enero 1º 1895.

Luis Lagos y Lagos
Enero 1º de 1895.

Félix M. Martínez
A sus amistades desea feliz año nuevo.
Enero 1º de 1895.

1895
Juan Alfaro
Desea á sus amistades feliz año nuevo.
Enero 1º

1895
Manuel Parras
Desea á sus amigos un año muy feliz.
Enero 1º

José G. Delgado
Feliz año a sus amigos.
Enero 1. de 1895.

Antonia Peralta Lagos
Enero 1. de 1895.

Imprenta Nacional